

DISCURSO DEL EXCMO. Y REVMO.  
MONS. FERNANDO SEBASTIÁN,  
ARZOBISPO DE PAMPLONA Y OBISPO DE TUDELA

Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector,

Ilustrísimo Decano,

Congresistas, Profesores, Alumnos, amigos todos:

Yo no puedo hacer una disertación inaugural en este Congreso, porque hace muchos años que quedé apeado de la caravana de los estudiosos y de los sabios. Sí puedo y debo, creo, presentar unas cuantas conclusiones de mi experiencia y de las reflexiones que uno va haciendo al hilo de la vida pastoral.

Es evidente que la vocación, la vida, las obras de los santos en la historia de la Iglesia descubren constantemente virtualidades nuevas del Evangelio y de la vocación cristiana, estimulados por las necesidades y las posibilidades que el mundo circundante les ayuda a descubrir. Es la obra del Espíritu Santo que nos ayuda a «comprender toda la verdad».

Para nosotros es también muy claro que en el legado de la vida y obra del beato Josemaría, la vocación a la santidad y al apostolado de los seglares, de todos los cristianos, constituye uno de los elementos esenciales y más importantes de su patrimonio. En eso presintió y preparó los caminos del Vaticano II y, por tanto, también los caminos de la Iglesia para vivir y actuar en la sociedad moderna.

En este Congreso habéis escogido un asunto de primera importancia. Esta cuestión de la presencia de los laicos seglares en el mundo, es casi tanto como preguntarse cuál va a ser el modo de presencia de la Iglesia entera en la sociedad del futuro, puesto que la Iglesia, en su mayoría, sois los laicos seglares. Ser laico y seglar en la Iglesia no es una vocación especial ni excepcional, lo excepcional es ser Obispo, o ser clérigo. Nosotros somos cristianos con una configuración sacramental añadida. Vosotros sois los cristianos en su situación normal y común.

Presencia y actuación de los laicos en el mundo. El estudio y la clarificación de esta cuestión, importante, decisiva, para el porvenir de la Iglesia, requiere aclarar previamente unos cuantos puntos.

El primero sería la diferenciación clara —digamos, más clara— entre lo que es la «Iglesia» y lo que es la «sociedad secular». Venimos de tiempos y de situaciones en los que Iglesia y sociedad secular han estado demasiado implicadas, demasiado confundidas. Con una implicación, no precisamente apostólica, sino una implicación indiferenciada, que de alguna manera entorpecía la secularidad de la sociedad secular y la sacralidad de la sociedad sagrada y consagrada que es la Iglesia. Una diferenciación que no es aislamiento, ni indiferencia, ni desamor, sino el claro y sencillo reconocimiento de la propia identidad de cada uno; es el saber situarse cada uno en su propio lugar; es clarificación de la misión, de los objetivos, de los procedimientos propios; es incluso clarificación de quién es quién, y dónde está cada uno de nosotros. Es evidente que toda la Iglesia, la Iglesia terrestre, está en el mundo, pero no es «del» mundo, y en sentido estricto no «es» mundo. La Iglesia es ya un mundo consagrado por su adhesión a Cristo en el Bautismo y en la Confirmación, santificado por la presencia y la acción, conocida y acogida, del espíritu Santo de Dios. A partir de esta clara diferenciación tiene todo su sentido y todo su dramatismo «la presencia de los cristianos en el mundo».

El segundo punto sería la clarificación de las distintas vocaciones dentro de la Iglesia. Para saber lo que es propio, y lo que pueden hacer los laicos seglares en el desarrollo de la misión de la Iglesia en el mundo, es preciso ver con claridad también cuál es la misión propia del consagrado —ya sea consagrado para el ministerio apostólico, ya sea consagrado para el seguimiento de Jesús en la práctica de los consejos evangélicos—, y del cristiano consagrado exclusivamente (¡que no es poco!) por el Bautismo y por la Confirmación, y que conserva plenamente su inserción y sus responsabilidades en la sociedad secular aunque sea de una forma nueva, profundamente modificada, por su renacimiento en la existencia cristiana.

Con frecuencia asistimos a las declaraciones de algunos cristianos, pretendidamente adultos, que reclaman el derecho de apropiarse de las ocupaciones de los clérigos, y asistimos también a las iniciativas de algunos clérigos demasiado audaces, que pretenden situarse en la primera línea de la pastoral, asumiendo tareas propias de los seglares. Nada de esto ayuda a clarificar ni comprender mejor la vida, ni la actividad de la Iglesia. Ni ayuda tampoco a potenciar o renovar la acción pastoral y misionera de la Iglesia. Las confusiones nunca dan buenos resultados.

Mirando hacia el futuro es muy importante que vayamos aprendiendo a situarnos mejor, clérigos y laicos, en lo que es común y lo que es específico de nuestra vocación. Los clérigos estamos en la retaguardia siendo los servidores del Pueblo de Dios en el nombre de Jesús. Los seglares, por su secularidad conservada y santificada, hacen

presente la vida de la Iglesia en las realidades seculares que ellos mismos viven, y por medio de ellas están en condiciones de desplegar una acción testimoniante y misionera que los clérigos no podremos hacer normalmente con la misma capacitación y la misma eficacia. A ellos les toca ser el escaparate de la Iglesia en el mundo, el arraigo de la comunidad cristiana en el tejido real de la sociedad secular.

No me parece desacertado afirmar que, a medida que la sociedad sea más racional, más secular, más pluralista, más tecnificada, la visibilidad y la influencia directa de la Iglesia en el mundo tendrá que venir cada vez más por medio de la presencia, la inserción y la acción de los cristianos seglares.

Con una condición fundamental: que sean cristianos, y que sean seglares. Los cristianos «no nacen, se hacen»; los hace Dios, los hace la Iglesia y nos hacemos nosotros mismos, mediante la conversión y el ejercicio de la vida ascética y espiritual de cada día. Cuando me dicen: «hay que facilitar y promover más la presencia y la acción de los cristianos en la Iglesia, o en la sociedad», yo me digo a mí mismo, «Sí, pero hay que tenerlos». Lo cierto es que los cristianos seglares dispuestos a desarrollar la acción en el mundo son escasos. No abundan seglares dispuestos a dedicar tiempo, recursos, energías, a la misión de la Iglesia de una manera estable, continua y comprometida, sin lo cual no se pueden hacer muchas cosas importantes. Es bueno dedicar dos horas de fin de semana a cuidar enfermos, pero eso no es asumir la carga de la Iglesia ni de los hermanos, más que muy parcialmente.

Esta presencia y esta acción de los cristianos seglares en el mundo, tiene unas exigencias muy concretas, sin las cuales no se puede esperar grandes cosas: que los cristianos seglares descubran y vivan hondamente la riqueza de su vocación bautismal, la riqueza de su confirmación, la riqueza de su misión como miembros de la Iglesia, y por tanto, su vocación para ser testigos y muchas veces instrumentos de la gracia y de la salvación de Dios en el mundo. Aunque hay que insistir en la diferenciación de las vocaciones y de los carismas dentro de la Iglesia, estas vocaciones y estos carismas tienen un elemento común, que es el más importante y que es precisamente lo que todos recibimos y tenemos en cuanto cristianos: aquello que está significado y comunicado por el sacramento del Bautismo, por el sacramento de la confirmación, por la inhabitación del Espíritu Santo. Todos llamados a la santidad, todos llamados al apostolado, todos redimidos por Cristo, todos inhabitados y fortalecidos por el Espíritu Santo, todos llamados a ser testigos de Cristo resucitado y de la bondad de Dios.

Que sean cristianos a fondo y que sean seglares, decía, es decir, que estén de verdad en el mundo sin ser del mundo. Podrían «estar en las nu-

bes» (que también es una manera de estar en el mundo... pero poco eficaz). En nuestro lenguaje decimos estar «con los pies en el suelo», estar «con las manos en la masa», estar metido en el mundo de las relaciones de los afectos, de la ciencia, del saber, de las responsabilidades profesionales o políticas; formar parte del tejido, de los engranajes, de los mecanismos, de las iniciativas del mundo, con competencia y profesionalidad, que es un elemento de la seclaridad: «conocer» para estar en el mundo.

Hay que conocer el mundo, y ser capaz de moverse en él, y de alguna manera regirlo, en la medida en que Dios lo ha puesto en nuestras manos. Y realizar esa presencia y ese estar e incidir en el mundo bajo la influencia clara, dominante, de una vida teologal intensa.

Muchos cristianos están en el mundo y actúan en el mundo, pero dejándose dominar por las leyes de «este» mundo, sin suficiente fuerza teologal. La situación de nuestra sociedad nos obliga a preguntarnos cuál es la fuerza dominante que rige las actuaciones de esos cristianos: si la vida teologal, o la vida mundanal.

Estar en el mundo con el espíritu de Jesús es llevar hasta dentro del mundo la lucha entre el Reino de Dios y el reino del mal; es sufrir en la propia carne los conflictos entre el Reino de Dios y un mundo que no es religiosamente neutral, porque está sometido al pecado y bajo apariencia de neutralidad defiende una centralidad y una autonomía del hombre que no es compatible con la fe, ni con la piedad ni con la esperanza escatológica. No podemos olvidar que, a la vez que la Iglesia, también están en el mundo los «ángeles malos», como dice San Pablo: «la sinagoga de Satanás».

Esta visión conflictiva, dramática, de las relaciones entre el Reino de Dios y los poderes de este mundo es algo que no se suele comentar hoy mucho. Pero es necesario tenerla en cuenta para no describir una vocación del seclar en el mundo excesivamente idílica, falseada, sin el contraste del mal y sin el vigor indispensable de los mártires. En muchas corrientes espirituales de hoy falta el vigor y la fuerza de la fe de los mártires. Por eso el mundo termina devorando tantas iniciativas que no contaron con la verdad entera del Jesús crucificado.

No olvidemos que, para todos, el mártir es el modelo de la vida cristiana, el modelo último de la manera definitiva de estar el cristiano en el mundo, resistiendo y venciendo con su sangre la fuerza y las tentaciones del Maligno. Los mártires estuvieron en el mundo dando la vida, dejando de estar en el mundo por la fidelidad al Reino; y esa manera de estar en el mundo fue la más apostólica y la más eficazmente vencedora y transformadora.

La presencia del seclar en el mundo —como también la labor de la virgen consagrada, o la labor del consagrado al ministerio episcopal

o sacerdotal— para ser cristiana y fecunda tiene que ser de alguna manera martirial. Y desde luego, los hechos demuestran que los cristianos seculares que se comprometen hondamente en las realidades del mundo no andan muy lejos del martirio, incluso en el momento presente.

Entender bien todo esto, que yo no puedo dejar más que simplemente aludido, creo que es fundamental para poder orientar la configuración, la presencia y la acción de la Iglesia en la sociedad presente y en la sociedad futura. Por eso me ha parecido muy oportuno el tema de vuestro Congreso. Os felicito por la elección del tema y la programación de vuestro Congreso. Estoy seguro de que el beato Josemaría, desde el Cielo, verá este Congreso con alegría y benevolencia. Termino pidiendo al Señor que os dé la sabiduría de los santos a quienes vais a intervenir en estas sesiones envidiables a las que a mí me gustaría poder asistir. Pero no es ésta mi manera de estar en el mundo.

Muchas gracias.